

Las Escrituras nos hablan acerca de una mujer que llevó su cántaro a un pozo. Ella estaba sedienta y buscaba satisfacer su sed con la refrescante agua del pozo de Jacob. Sin embargo, su necesidad era tan grande y su sed interior tan profunda, que era imposible que el agua natural de un pozo común la pudiera saciar.

Como se describe en [Juan 4](#), aquel día, Jesús acudió al mismo pozo. Aunque regularmente Jesús se encontraba rodeado de multitudes, en ese día Él había ido, exclusivamente a encontrarse con esta mujer. De hecho, Él cambió Sus planes de viaje, con el propósito de pasar por el lugar donde ésta mujer solía acarrear el agua. Y fue allí, en el pozo, donde le ofreció a la mujer, de la única agua que podría realmente satisfacer la profunda sed que había en su corazón.

A esta mujer, Jesús se dio a conocer a sí mismo como el Mesías, como el Cristo ([v. 25, 26](#)) y le ofreció del agua viva. La invitó a beber del agua que verdaderamente calmaría su sed, y que sería en ella como una fuente de agua viva que saltaría para vida eterna ([v. 14](#)). Él se ofreció a sí mismo, como la fuente de vida eterna y como el Único que podría suplir su necesidad y satisfacer sus anhelos más profundos. Aquél día esta mujer, dejó sus cantaros atrás y regresó gozosa a su ciudad a proclamar, que había tenido un encuentro con el Señor. Muchos creyeron en Cristo por la palabra de la mujer.

Como mujeres cristianas modernas, frecuentemente buscamos en diversas fuentes, la forma de saciar nuestros anhelos personales. En el área de las relaciones, buscamos un compañero que nos haga sentir plenas. En el aspecto maternal, esperamos sentirnos realizadas con nuestros hijos. En cuanto a lo material, buscamos más y mejores posesiones. Cuando estamos involucradas en la iglesia local, buscamos la plenitud en la convivencia con otros creyentes y aún en el servicio cristiano. Al final, seguimos insatisfechas y preguntándonos porque hay tanto estrés, descontento y frustración en nuestras vidas. Con todo, aún permanece una sensación de vaciedad y frustración como resultado invariable de intentar una y otra vez, de llenar lo espiritual con lo natural.

No es, hasta que volteamos a la única fuente de agua vida, Jesucristo, que comenzamos a experimentar la verdadera plenitud en nuestras vidas. La Palabra de Dios, claramente nos enseña que hay un río de agua viva que fluye del trono de Dios y del Cordero, Jesucristo. El agua en ese río es clara y pura ([Apocalipsis 22:1](#)). Fluye constantemente y tiene el poder de purificar y refrescar nuestras vidas.

El salmista había visto, a ciervos sedientos, bramando por agua en lugares desérticos. Al observarlos, él se vio reflejado a sí mismo y dijo, *“Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, Así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo...”* ([Salmo 42:1 al 2](#)). David reconoció que habitaba en un lugar seco y desértico, en una tierra sin agua. Pero también reconoció que Su Dios es la fuente de aguas vivas que satisfacen su alma sedienta.

¿Y qué hay de ti? ¿Has estado buscando la satisfacción en lugares equivocados? Si es así, Jesús es la fuente de vida. Así como estuvo dispuesto a satisfacer a la mujer sedienta que estaba en el pozo, y al salmista en su tierra árida, de la misma forma está dispuesto a saciar tu vida.

Cuando voltees tu corazón hacia El y en la medida que comiences a buscarle, El llenará tu vida de Si Mismo. Y tú, como el salmista, te regocijarás en Él, al sentir como tu sed está siendo extinguida por El.

¡Verdaderamente, **NO HAY OTRA FORMA**, en la cual, como mujeres piadosas, podamos experimentar una vida cristiana victoriosa!